

LA LUCIDEZ SALVADORA DE
ERNESTO SABATO

POR

JUAN CARLOS BOTERO
Bogotá-Colombia

He challenges the reader not so much to agree or disagree
as to grow.

Walter Kaufmann
(en relación a Nietzsche)

Los escritores deberían practicar el idioma de las nubes: guardar un enigmático silencio o, al escribir, tronar.

Un caso ejemplar de esta clase de creador fue el mexicano Juan Rulfo, quien en dos obras magistrales consideró dicho lo que tenía que decir, y después no hubo argumento o tentación capaz de quebrar su silencio. Hasta la muerte. Otro caso, para mí cada vez más valioso, es Ernesto Sábato. Consciente de que escribir significa interrumpir la vida de los demás, Sábato jamás ha publicado por vanidad o por dinero, sino porque siente, en forma incontenible, que tiene algo importante que decir. Y ese hecho, por sí solo, es digno de admiración.

¿Por qué? El panorama literario está infestado de autores consagrados que, en ocasiones, parecen más consagrados a los vaivenes del mercado que a los principios del arte. Si desde un punto de vista comercial la consiguiente inundación de obras superfluas, intrascendentes y rentables es válido, desde un punto de vista artístico es abominable. “La literatura y en general el arte son actos sagrados que no deben ser envilecidos”, afirma Sábato, “bajo pena de envilecerse uno mismo”. Esa frase resume su posición al respecto. Si parte considerable de la producción de autores respetables no pasa de ser virtuosismo y divertimento, astucia narrativa sin grandes contenidos, una actividad que, como diría el mismo Sábato, “es al gran arte como los fuegos artificiales al incendio de un orfanato”, en el caso del argentino, sus obras no son fruto de la facilidad ni de compromisos editoriales, sino de obsesiones genuinas. “Existe cierto tipo de ficciones mediante las cuales el autor intenta liberarse de una obsesión que no resulta clara ni para él mismo”, anota en la dedicatoria de su novela, *Sobre héroes y tumbas*. “Para bien y para mal, son las únicas que puedo escribir”. Por ello, cada novela de Sábato parece escrita como si fuera la primera y como si fuera la última: con un fervor que bordea la desesperación y con la apremiante necesidad de comunicar su testimonio. Son libros escritos con una

mano aferrada a la pluma mientras la otra sujeta sus entrañas. Por esa razón, las ficciones de Sábato constituyen, ante todo, desgarradoras y profundas intuiciones de la condición humana.

Esa es, a mi juicio, la mayor cualidad de Ernesto Sábato: su coherencia como escritor y como persona. Es decir, su vida y obra como construcciones constituyen ante todo desgarradoras y profundas intuiciones de la condición humana. En verdad, Sábato practica lo que predica. Sus ideas marchan en la misma dirección que sus actos; no hay contradicción o farsa a su alrededor, y no padece, como tantos autores manoseados por la fama, un proceso gradual de ablandamiento, una lenta erosión de firmeza moral. Al contrario: en Sábato la idea y el acto se funden; la palabra y el gesto encajan. Por eso, el título del libro de conversaciones con Carlos Catania, *Entre la letra y la sangre*, sugiere, al mismo tiempo, letra sangrienta, y sangre de letras. En Sábato, la obra literaria es una prolongación de sus inquietudes vitales, y su vida, una cristalización de sus ideales.

Sin embargo, esa coherencia no sólo imprime autenticidad a sus obras; justamente porque nacen de obsesiones genuinas, del hondo descenso a los pozos más oscuros de su individualidad, es que esas ficciones poseen, aunque resulte paradójico, dimensiones universales. Kierkegaard decía que la universalidad se alcanza sondeando el propio yo, y ese sondeo, en ocasiones espeluznante, es lo que hace que las novelas de Sábato, además de expresar su realidad singular, su visión del mundo, única y particular, tracen penetrantes retratos de nuestro tiempo. Al igual que autores como Joyce, Proust, Faulkner, García Márquez, Lorca, Kafka y Rulfo (para sólo mencionar algunos), quienes reflejan al Hombre con mayúscula por medio del íntimo conocimiento de los habitantes de un pueblo, de una aldea o de un barrio, Sábato llega a la cima de lo universal siguiendo las trochas de su propio corazón, y descubre en las calles y esquinas de Buenos Aires, los dilemas, conflictos e interrogantes que acosan al hombre moderno. Así, sus libros no sólo seducen y conmueven, sino que, paralelamente, porque tienen la capacidad de reflejar la abrumadora crisis de nuestro tiempo, enriquecen e instruyen. Es decir, ayudan a vivir.

En una ocasión me contó Sábato una anécdota que, para él, tenía especial importancia. Un hombre, víctima de un cáncer devastador, resbalaba en forma inexorable hacia la muerte. Durante su vida, este hombre se había caracterizado por la frivolidad: su actividad social no era menos que frenética, jamás leía ni siquiera los diarios, y el anuncio de su inminente fin no sólo lo tomó por dramática sorpresa, sino que lo obligó a cuestionarse, por primera vez, acerca del sentido de la vida y de los misterios de la muerte. Un día, un amigo que lo visitaba en el hospital vio un libro sobre la mesa de noche del enfermo. *Era Abaddón, el exterminador*, la novela de Ernesto Sábato. “¿Y esto?”, preguntó extrañado. “Vos, leyendo?”. El enfermo asintió con la cabeza, y explicó en voz baja: “ese libro me está ayudando a morir”.

En efecto, lo sorprendente de las ficciones de Sábato, es que rebosan la esfera de la lectura, del hechizo verbal, para afectar la existencia misma del

lector. En otras palabras, aportan luces. Nietzsche acertadamente preguntó: ¿De qué nos sirve un libro que no nos lleve más allá de todos los libros?¹ Eso, precisamente, logra la obra de Sábato: nos lleva más allá, pues no sólo puede ayudar a morir a los moribundos, también puede ayudar a vivir a los vivos.

Ese es, al menos, mi caso personal. Y aquí debo hacer una confesión. La obra de Sábato no sólo me ha ayudado a vivir. En primera instancia, me permitió hallarme como escritor. Desde hace años, pienso que los escritores frecuentemente se descubren como escritores a través de otros escritores, o sea, a través de lecturas precisas. Son innumerables los casos en la historia de la literatura en los que ha ocurrido esta extraña auto-revelación, pero quizás a pocos autores les ha sucedido de una manera tan clara y fulminante como a Gabriel García Márquez, cuando por primera vez leyó *La metamorfosis*, de Kafka. Hasta ese momento, el colombiano, menor de veinte años, había leído de todo, pero ningún libro había mordido su imaginación de tal forma que lo llevara a cambiar de vida y a dedicarse, desde ese instante y para siempre, a la literatura; sin embargo, un día leyó la mencionada obra de Kafka, y quedó tan impresionado que no sólo tuvo que recostarse, sino que, apenas logró sobreponerse al impacto, se sentó y escribió su primer cuento: "La tercera resignación" (1947). Para mi sorpresa, la lectura de *Sobre héroes y tumbas*, la segunda novela de Sábato, publicada en 1961, tuvo un efecto similar: una especie de cataclismo en mi interior. El hecho fue tan crucial en mi vida y dejó una huella tan nítida en mi memoria, que siento como si hubiera sucedido esta mañana. Yo tenía 18 años y, claro está, hasta entonces había leído bastante (ya cursaba mi primer año universitario), pero sólo al concluir esa novela me paralizó, como un relampagazo, la inexplicable pero inquebrantable decisión de sacrificarlo todo con el único deseo de convertirme en escritor. Desde ese momento hasta hoy no he tenido más remedio que serle fiel a esta severa amante de la literatura y, aunque las experiencias no siempre han sido agradables, conservo una deuda de gratitud con Ernesto Sábato por haberme enfrentado, a través de su novela, con mi propio destino. No obstante, el aporte de su libro fue aún mayor: junto con lo anterior, en una circunstancia específica, esa ficción me salvó, literalmente, la vida. Años después, la novela desvió, o mejor dicho, corrigió, un proceso de auto-destrucción, un rumbo equivocado que me estaba empujando, peligrosamente, hacia los abismos de la muerte. Aún me asombra que un libro, que una novela, pueda operar de manera tan definitiva en la vida concreta, que pueda ejercer semejante influencia. Sin embargo, me tranquilizó comprobar que el mío no era un caso singular.

El escritor peruano, Mario Vargas Llosa, confiesa en *La orgía perpetua*, su penetrante estudio de la novela de Flaubert, *Madame Bovary*, que, en los momentos de desaliento, cuando escribir le resultaba una empresa indomable, la relectura de ciertas páginas de esa obra de ficción (junto con la correspondencia

¹ Friedrich Nietzsche, *The Gay Science* (New York: Vintage Books, 1974), 215.

del francés), es lo que lo animaba a ensayar de nuevo, y siempre ha resurgido de aquellos pasajes espoleado a escribir y a intentarlo una vez más. Pero más importante aún, en una ocasión, fue la lectura (e incansable relectura) del suicidio de Emma Bovary lo único que tuvo el calor, la lucidez y la fuerza necesaria para apartarlo de una temible renuncia vital. “Es impagable la ayuda que me prestó, en ese período difícil, la historia de Emma, o, mejor dicho, la muerte de Emma”, anota. “Recuerdo haber leído en esos días, con angustiada avidez, el episodio de su suicidio, haber acudido a esa lectura como otros, en circunstancias parecidas, recurren al cura, la borrachera o la morfina, y haber extraído cada vez, de esas páginas desgarradoras, consuelo y equilibrio, repugnancia del caos, gusto por la vida. El sufrimiento ficticio neutralizaba el que yo vivía”².

Entiendo (¡y de qué manera!) a Vargas Llosa, pues mi caso fue parecido. Durante un invierno desolador, en una ciudad inhóspita y extraña, una de esas bofetadas del destino que deshacen de un soplo el castillo de naipes de nuestra estabilidad, me hizo perder la brújula de mi orientación. Duré días cayendo en un pozo sin sospechar que estaba a punto de tocar fondo, pero una noche, mientras nevaba en las calles desiertas y yo sentía una furiosa tormenta agitándose en mi alma, de pronto, el estímulo mínimo para continuar y para abrir los ojos en la mañana siguiente, empezó a resbalar entre mis dedos hasta que sólo quedó el vacío y el terrible anhelo de terminarlo todo de un tajo. Perdí, en una palabra, el sentido de la vida. Aún no me explico por qué, pero quizás instintiva y milagrosamente, de la misma manera que los animales saben qué hierbas deben comer para aliviar sus males, tomé a tientas la novela de Sábado, la cual, por suerte, tenía conmigo, y a la luz de una lámpara abrí y pasé rápidamente las páginas hasta encontrar el pasaje donde Martín, el protagonista adolescente que ha sufrido más allá de lo soportable, decide suicidarse. Releí, con desesperada fascinación (como si intuyera que allí, en esos párrafos, estaba misteriosamente cifrada una salida a mi tormento), aquel episodio memorable que describe el proceso que lleva al muchacho a desear la muerte. Vi al joven caminar como un sonámbulo por las calles de Buenos Aires, aplastado por la carga sobre sus hombros, no tanto avanzando como derivando hacia su cuartucho, y allí, abrumado por la muerte de Alejandra, la mujer que amó con locura y quien asesinó a su padre para luego quemarse viva, recuerda el verso de un poeta callejero, “¿Dónde estaba Dios cuando te fuiste?”, para concluir que su vida no merece la pena de ser vivida pues no ha sido más que una prolongada tortura sin ayuda de nadie, y menos aún de la Divinidad, de modo que, en un último y disparatado esfuerzo, pide o exige que Dios aparezca en su pieza de tinieblas para indicarle el camino que debe seguir, mas en su nerviosismo sale a la calle e ingresa en los cafetines que recorrió, en tiempos irre recuperables, con su amada, y se emborracha hasta perder el conocimiento para despertar, horas más tarde,

² Mario Vargas Llosa, *La orgía perpetua* (Barcelona: Editorial Seix Barral, S. A., 1975), 25.

en la humilde pieza de una mujer que, en un acto de generosidad que demuestra que la vida no es sólo mezquindad y violencia, lo ha recogido y cuidado, vigilando sus sueños plagados de monstruos. En ese instante, consolado por esa mujer pobre y amable, Martín parece salir, braceando trabajosamente, de la pesadilla que ha sido su existencia. Al día siguiente, el muchacho parte en un camión hacia el sur de su país, hacia esa tierra “inhóspita pero limpia y pura”³, para alejarse de todo y para, algún día, comenzar su vida de nuevo.

Tal como dice Vargas Llosa en *La orgía perpetua*, al leer y releer ese episodio (sin advertir, a través de la ventana, la madrugada iniciando su rito sagrado): “el sufrimiento ficticio neutralizaba el que yo vivía”. Así, al ver al joven alejarse de las fauces del suicidio y al verlo redescubrir la tenue llama de la esperanza, pude extraer, con una satisfacción que sólo puedo definir como espiritual, una especie de paz interior, y me pude retirar, yo también y con cautela, del precipicio que, como Martín, casi me succiona hasta el fin. Increíblemente, sentí que la ficción me había reconciliado con la vida.

Ahora veo las cosas bajo otra luz. Hoy no vacilo en apostar a favor de la vida, y me doy cuenta de que Borges tenía razón cuando dijo, “la esperanza es un deber”. No obstante, en ese entonces, en medio de la oscuridad que me rodeaba, aquel pasaje de *Sobre héroes y tumbas*, se presentó como una luz, una antorcha parpadeante en las tinieblas, como la polvorienta aspa de un faro que aparece en la bruma nocturna, indicando los arrecifes para corregir el rumbo justo a tiempo y, así, evitar el naufragio.

Al día siguiente, después de semejante experiencia, lo primero que hice fue escribirle una carta a Sábato. Mi intención era una sola: darle las gracias al novelista por haber escrito y publicado sus ficciones, y por haberme enriquecido de esa manera tan extraordinaria. Un par de semanas después, para mi sorpresa, Sábato respondió: en el correo encontré una nota en la que me daba ánimos para no desfallecer, para escribir por encima de todo y de todos, y para mantener la lucha por el arte sin que importasen las adversidades o las recompensas. Junto con su nota, había un texto, doblado sobre sí mismo y pegado con cinta, con mi dirección anotada en la cubierta y una nota igual de estimulante en la primera página, garabateada a mano en una letra tortuosa y casi ininteligible. Era la “Carta a un joven escritor”, el brillante capítulo de *Abaddón, el extreminador*, intitulado “Querido y remoto muchacho”, en donde Sábato comparte las enseñanzas más bellas del oficio de escritor con un joven anónimo, extraídas de la vasta cantera de sus experiencias personales. Se trata de un hermoso y tonificante, un verdadero estímulo para quien ingresa en los bosques de la creación literaria. Sin embargo, a mi juicio, lo importante de este hecho, es que subraya la generosidad del autor. Pese a su importancia y a sus innumerables compromisos, Sábato no vacila en extender la mano a un joven extraño que le pide ayuda. Lo dije al comienzo de estas páginas: el argentino

³ Ernesto Sábato, *Sobre héroes y tumbas*, 548.

practica lo que predica, y su integridad se trasluce no sólo en sus obras, sino en sus actos. Desde ese momento, se estableció entre Sábato y yo una correspondencia que aún mantenemos, y luego de tantos años y por encima de miles de kilómetros de distancia, Sábato siempre ha respondido a mis tropiezos y a mis interrogantes con idéntica amabilidad, con el mismo apoyo paternal, y con una fuerza que sólo puede ofrecer un hombre de una sensibilidad mayor. No obstante, debo confesar una frustración. Creo que jamás le he escrito a Sábato sin reiterarle mi profundo agradecimiento por su comprensión y por su respaldo, pero sé que jamás contaré con la elocuencia suficiente para expresarle, satisfactoriamente, lo que le debo y lo mucho que su ejemplo, sus cartas, y sus libros han significado para mí. Sin duda, la motivación recóndita pero determinante tras este texto, es intentar expresarle, nuevamente, mi gratitud.

Quisiera terminar diciendo lo siguiente: creo en el poder de la palabra. Eso no significa que la literatura deshace nuestras más hondas tristezas, ni que despeja las brumas de nuestras dudas. Su milagro es otro: proporciona un alimento tan importante para la vida como el alimento físico que consumimos cada día. Por eso, no ha habido cultura por desarrollada que sea que haya prescindido de la literatura. Y quizás por eso, en la novela *Clea*, Lawrence Durrell anotó: "Escribimos para los hambrientos de espíritu, y ellos siempre serán una mayoría aunque vivan en un palacio"⁴. En efecto, el conocimiento de la condición humana que ofrece la gran literatura, transforma y enriquece al lector, y no sólo porque tiene el poder de alejarlo de la desesperanza, del escepticismo, de la fatiga existencial, sino porque puede desplazar el horizonte de lo humano a través de la conquista de nuevos espacios de acción, liberando sentimientos inéditos, manteniendo vivos los valores fundamentales. Es en ese momento cuando sobresalen los ejemplos de ciertos personajes literarios cuya perseverancia, valentía o simple aprecio por la vida, estimulan a continuar, aún cuando la vida parece desprovista de sentido e ilusiones. Así, no sólo muchachos como Martín. También viejos pobres y sencillos, muertos de hambre pero con su dignidad intacta, como Santiago, el pescador de la novela de Hemingway, *El viejo y el mar*, o el decrepito anciano de la novela de García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*; hombres que ante pruebas como el hambre o el dolor no sucumben y persisten, luchando modesta pero conmovedoramente en defensa de cosas sencillas pero básicas y por eso mismo trascendentales: el obrar con rectitud, sin trampas o atajos, sin atención a los premios o a los riesgos, movidos por sus principios aunque las pruebas que encaran los destruyan. Esa actitud no es menos que heroica, y constituye un ejemplo que puede sacudir los cimientos de la existencia cotidiana.

No me cabe duda que, entre muchas otras cosas, la obra de Sábato tiene la lucidez salvadora para sacudirnos de esa manera, y para recordarnos, como dijo Octavio Paz, "el olvidado asombro de estar vivos". Por eso he dicho que sus

⁴ Lawrence Durrell, *Clea* (New York: E.P. Dutton, 1960), 136.

ficciones ayudan a vivir. ¿Cómo? De la misma manera que lo hace toda gran obra de arte: no presentando respuestas, fórmulas o recetas, sino presentando preguntas. “La literatura ayuda a encontrar el propio rostro”⁵, afirma Sábato con sobrada razón. Y eso alcanzan sus ficciones. No sólo tienen la capacidad de reflejar la abrumadora crisis de nuestro tiempo, sino que, y más importante todavía, nos colocan delante de un espejo implacable para que veamos, en su terrible desnudez, los verdaderos sentimientos que nos despierta esa crisis. Ciertamente, lo hermoso y lo útil de la literatura, como bien opinó Milan Kundera en su célebre entrevista con el novelista Philip Roth, no es que ofrece soluciones mágicas para resolver el caos mundial ni que tenga respuestas para todo (eso, en el fondo, es fácil, y es la característica de los regímenes totalitarios), sino que, por el contrario (y esto es bien difícil), ofrece *preguntas*: interrogantes reveladores para que cada uno aporte sus propias respuestas. Por eso, en las más duras crisis, el arte alivia; no porque restringe la mente del lector al decirle qué debe pensar, sino porque siembra cuestionamientos que lo retan y desafían, obligándolo a que ofrezca sus propias salidas. De tal modo, al leer *El túnel* o *Abaddón el exterminador*, las obras no sólo sugieren que la violencia es una barbaridad, sino que cuestionan nuestra alma para que responda a la temible pregunta: ante la barbaridad de la violencia, patéticamente captada en estas ficciones, como en el asesinato de María Iribarne por Juan Pablo Castel, o en la espantosa tortura de Marcelo Carranza ¿cuáles son sus genuinos sentimientos y sus genuinas opiniones? En verdad, nadie puede señalarnos el camino que debemos recorrer, ya que cada persona es distinta. Y por ello, las respuestas ajenas son casi siempre inútiles, y por ello, las respuestas que nosotros mismos hallamos a través de las preguntas que nos formula el arte, aunque no necesariamente correctas, son siempre fecundadas, pues cada paso, así sea un tropiezo, es un paso propio: algo nuestro, algo único.

Sin duda, la obra de Sábato me ha cuestionado; me ha forzado a preguntarme, igual al moribundo en la cama del hospital, acerca del sentido de la vida y de los misterios de la muerte. Gracias a este novelista, me conozco un poco más, y siento que me he acercado no sólo a mi propio rostro, como él indica, sino, en algún grado al menos, a esa meta digna pero resbalosa e inalcanzable: la verdad del hombre. Pero, ¿tiene algún sentido perseguir este anhelo huidizo? Pienso que sí. De esa búsqueda depende no sólo nuestra supervivencia social e individual, sino nuestra misma salvación. Y son los valientes exploradores como Ernesto Sábato, equipados con su lucidez y su palpitante sensibilidad, los que han regresado de sus expediciones con los retratos más auténticos y profundos del corazón humano.

Bogotá, 11 de diciembre de 1990

⁵ Ernesto Sábato y Carlos Catania, *Entre la letra y la sangre*, 129.

